

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 10 céntimos.—Atrasado, 25.—Corresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

LO DE LOS SELLOS

Están ya grabados, y muy bien, por el reputado artista Sr. Maura, los retratos de los republicanos Orensé, Figueras, Ruiz Zorrilla y Castelar.

En cuanto terminen las demás operaciones que es preciso hacer para reproducirlos hasta el número de sesenta, de que se compondrá el pliego, comenzará la tirada.

Málaga.—Tres creyentes de El Motín 20 pesetas.

Madrid.—Dos pesetas mensualmente. José Montilla.

Bilbao.—Cinco pesetas. Julio Mendicote.

Alicante.—Dos pesetas. Ramón Ballester.

La madre del cordero

Singular observatorio es la ventana de un café. Los transeúntes desfilan ante el espectador animados y gesticulantes como imágenes de cinematógrafo. Cada uno deja en nuestro cerebro ligera huella de su paso. Se experimenta una serie de sensaciones vagas, indecisas, fugitivas, que se atropellan unas á otras. Al atractivo de la hermosura sucede la repulsión por la deformidad, á la admiración por la fuerza la compasión que inspira el infortunio. Se goza de la expectativa emocionante de lo inesperado. Cada nueva aparición es una sorpresa. Todos aquellos seres salen de la nada, se agitan un instante y en la nada se desvanecen. Es un emblema de la vida.

Era el día festivo y grande la concurrencia. En un momento desfilaron ante mis ojos los más variados tipos. Primero fué una pareja clerical, el cura rechoncho, pleotérico, apoplético, bajo de estatura y de semblante inexpresivo, junto al clérigo alto, huesudo, cejijunto, amarillento, todo bilis. Después pasó la familia clásica; el marido de rostro cadavérico y aire paciente y resignado, como de hombre embrutecido por siete lustros de oficina; la esposa prematuramente envejecida, agriada por la lucha sin nombre de la indigencia que se oculta; la nodriza de abultado seno, con su mirar vacío de vaca de leche; los niños raquíticos, escrofulosos, éticos, sosteniéndose con dificultad sobre sus patitas de alambre. Luego la mamá y la niña casadera, aquella abismada en su obesidad línfica, ésta clorótica, anémica, ajada en la flor de los años, triste promesa para la maternidad futura. Detrás un par de pollos escuálidos, lívidos, eutecos, candidatos de la tisis, verdaderas caricaturas de la juventud. Y el soldadito desmedrado cuyo cuerpo baila en el uniforme; y el triste obrero de ojos mortecinos y cara de hambre; y el jastialón achulapado y antipático, que pasea ufano su desgarrado esqueleto con una especie de flamenquismo fúnebre; y la modistilla avisada y vivarachita, con su paso menudo y su gentil meneo de caderas, pobre carne de lupanar; y el golfista medio desnudo, haciendo por todas las coyunturas exhibición de huesecillos; y el sablista, formidable personaje, oculta la diestra homicida en la raída cazadora y fulgurando bajo el ala del sombrero informe su mirada centelleante de ave de rapiña... Y en todos los semblantes la misma expresión de disgusto, de contrariedad, de fatiga, de tedio y de hastío.

Ante aquel doloroso espectáculo súbitamente me fué revelada, con claridad de luz meridiana, la causa de nuestra decadencia. Falta aquí la base fundamental en que se asientan las naciones. La bestia está enferma. Nuestra miseria económica, nuestra miseria moral no son sino el resultado y como el reflejo de nuestra miseria fisiológica. Nuestra sangre carece de glóbulos, nuestros músculos de empuje, nuestros nervios de tonicidad. El estómago digiere mal, los pulmones ventilan poco, el corazón no riega bastante al cerebro. Nuestras ideas, nuestros sentimientos, nuestras voliciones se resienten de la extenuación de nuestras vísceras. Ciencia ó fe, radicalismo ó conservadurismo, tanto monta. Todos los ideales palidecen en el cerebro exangüe. Todos los sentimientos se enfrían en el corazón anémico. Cuanto hacemos es pobre, pequeño, menguado, raquítico, como nosotros mismos. Y la forma más propia, la envoltura más adecuada de tan mezquino contenido, es la reacción, no la fanática que quemaba herejes, no la política de los grandes despotos, sino la reacción falsa, exteriorista, convencional, hipócrita, cobarde y supersticiosa en que vivimos.

Las causas del mal son antiguas. Para investigarlas hay que remontarse cuando menos á aquella época que suele llamarse la de nuestras glorias, á aquel momento nefasto en que España, pudiendo elegir, adoptó como suya una causa muerta y se abrazó estrechamente á un cadáver. De en-

tonces datan nuestros infortunios. Esto de hacer al pueblo imposible la vida es achaque tradicional. Hizo á España la naturaleza un país pobre y barato; tornáronle sus gobernantes miserable y caro. Una política insensata, una administración desenfrenada inauguraron para los españoles el más opresor de todos los regímenes; el régimen del hambre. España se arruinó por darse el gusto de llenar la haz de la tierra de tumbas españolas. La patria, apenas formada, sucumbió á manos del fanatismo religioso y de los intereses dinásticos. Las tres cuartas partes de la población peninsular desaparecieron en menos de dos siglos. Jamás nació alguna consumó un sacrificio de sí misma, más completo ni más estéril. Para cultivar los campos hubo que llamar á mercenarios extranjeros. La triste Castilla, que ha pagado tan cara su hegemonía, se trocó entonces en informe montón de ruinas. Recordando aquellos aciagos tiempos, tan encomiados por el romanticismo reaccionario, parecíame ver deslizar ante la ventana del café todo el abigarrado personal de la España de los Felipes, una de las más miserables y corrompidas sociedades que ha conocido la historia; el pícaro, socarrón y maleante, viviendo de trazas y embustes; el hidalgo de gotera escarbándose los dientes vírgenes de todo contacto alimenticio; el bravucón perdonavida, desecho de los tercios de Flandes, explotador de su guapeza; la buscona, astuta y remilgada, tapado el rostro y descubierta la intención; la manida y melindrosa dueña, sabia maestra en tercianas; el fraile motilón, repleto, engordado por la credulidad; el magnate, esclavo del favorito, envilecido en la cortesana y familiar del Santo Oficio; todos los ejemplares que la literatura picaresca nos ha conservado de aquellos siglos del honor, la Tía Fingida fabricando vírgenes, Gil Blas vendiendo empleos y encomiendas por cuenta de los Lermas y Olivares, el gran Monipodio con su cohorte de Chiquiznaques y Maniferros, Rinconetes y Cortadillos, los cutudatos amos del Lazarillo de Tormes y los famélicos discípulos del domine Cabra.

Luego, tras el ensayo de reconstitución nacional sin grandeza ni horizontes emprendido por el mejor de los Borbones, al borea en la historia esta centuria que ahora expira, y las trompetas de la Revolución señalan el momento del terrible despertar para un pueblo sumido con delicia en el sopor hereditario. Comienza entonces aquella Revolución hecha pesadamente á retazos y como á tirrones, aquella encarnizada lucha por la conquista de esa libertad que hoy no sabemos defender, ni mereceremos conservar. El espíritu estadizo inherente á la anemia mental, la petrificación de las ideas en cerebros que no desasimilan, ofrecen á la indispensable transformación política y social obstáculos insuperables. La sangre corre otra vez á torrentes y el oro á raudales. De nuevo los campos se despuellan y el fisco mata todo germen de producción. Así caemos los españoles bajo el dominio del monstruo implacable, insaciable, horrendo, la deuda, que esteriliza nuestro esfuerzo, devora el pan de nuestros hijos y cierra todo porvenir á la esperanza.

Y pensando en estas cosas, temblé al presagiar los efectos de la presente liquidación de nuestros últimos desastres. Con ella se consuma la negra labor tradicional. Villaverde puede decir, aún con mayor razón que su difunto maestro, que vino á continuar la historia de España. No monta el caballo de Atila, ni blande su montes la maza de Gengiskán, ni el terror como á la peste le precede, ni como al desastre le acompaña. Pero peste y desastre y tala y conquista son menos calamitosos y homicidas que su obra de nivelación. Cayendo sobre un pueblo que no come, ese presupuesto será más devastador para la población de España que lo es para las mieses el granizo. Tras de sus cifras impasibles se ocultan el hambre, la emigración, el crimen, la barbarie, la prostitución, el suicidio. Familias disueltas, muertes prematuras, destinos frustrados, sangre, lágrimas, dolores sin cuento, la ancianidad sin apoyo, la virginidad sin defensa, la infancia sin amparo, la virilidad sin empleo... Toda esperanza de mejora desvanecida, perdido cuanto constituye el goce y la alegría de vivir. Para que el Estado no haga bancarrota, tendrá que hacerla la nación.

Ni soy devoto ni aun blasono de creyente; pero ante la tremenda expectativa de esta continuación del inacabable calvario, vueltos los ojos á ese inmenso vacío que llamamos cielo, hube de murmurar, henchida el alma de congoja:—Señor, Señor ¡jamás tendrá término el río cruces de esta nación desventurada!

ALFREDO CALDERÓN

Conducta y conducta

Se cerraron las Cortes, sin que los republicanos digieran nada que merezca pasar á la historia ni recordarse ya. Si algo se ha dicho medio regular, débese á los monárquicos.

Y á propósito, quiero que conste en El Motín esto que Romero Robledo, usurpando atribuciones que á los dipu-

tados republicanos correspondían, dijo en una de las últimas sesiones:

«Raro será quien no conozca á un militar que ha ido á Cuba y Filipinas y volvió con cruces y empleos, sin haberse encontrado ni una vez delante del enemigo. Estos han sido los amigos, paniaguados y protegidos de los generales, que han creado en el Ejército un germen de descontento y de indisciplina, por ver que ha desaparecido del Ejército el espíritu de justicia.

Se ha faltado á ley en casi todas las recompensas y se ha hecho lo que en ningún país. Pero á la ley se falta en todo, pues ella prohíbe que se permuten recompensas, y se hace todos los días como cosa corriente, convirtiendo el Ministerio de la Guerra en un *bureau* ó agencia de cambios.»

«Aquí sólo se habla de los oficiales, sin que nadie se acuerde de los soldados, más dignos de consideración por lo mismo que éstos pagan un duro tributo y aquéllos siguen una carrera.»

Enfrente de estas frases valientes, justas y razonadas, el señor Sol y Ortega, diputado catalán primero y después republicano, aduló á los tenientes en activo en contra de las justas pretensiones de los de la reserva.

Torpeza insigne, porque no se ha ganado la voluntad de los que ha defendido, y en cambio se le han puesto enfrente los que, por abandonados, estaban más menestosos de defensa.

Con estos golpes diplomáticos de ¡viva quien mandal!, vamos sumando simpatías los republicanos.

¡Buenas, pero buenas han sido las conferencias eruptadas en Bilbao por un P. Zubillaga! Entre las muchas burradas que largó, figura la de achacar la pérdida del crucero *Reina Regente* á que llevaba á bordo una logia masónica.

De manera que Dios, indignado por lo de la logia, aguardó á que el crucero desembarcara á los mahometanos que conducía, y después, sin tener en cuenta que iban en él muchos católicos no masones, se dijo: «esta es la mía», y sepultó á todos en el fondo del mar.

¡Ah! ¡qué hermoso es esto de no creer en Dios para evitarse la molestia de insultarle de esa manera tan estúpida!

QUIEN AMA EL PELIGRO...

Me parece muy bien que los funcionarios del poder judicial trabajen y se afanen para esclarecer el misterio que rodea el crimen cometido poco ha en el barrio de Bellas Vistas y para capturar al asesino ó asesinos del extravagante Valentín Huertas.

Aunque en mi fuero interno crea que á ese hombre le estuvo muy bien empleado lo que le sucedió y afirme que él mismo con su conducta ha incitado á que se cometa el delito, no por eso desecho que éste quede impune; aunque, después de todo, otros de peor índole lo han quedado.

Si sólo le hubiesen quitado los fajos de billetes del Banco... vaya en gracia. Para el uso que en vida el tal Valentín hacía de ellos, en cualesquiera otras manos hubieran estado mejor; pero eso de que también le hayan privado de la vida, es muy duro.

Robo y asesinato. ¡Una friolera! Según dicen, este hombre era valiente y forzado; de modo que para poder robarle era necesario asesinarle previamente.

Sin esta circunstancia, que seguramente deberían conocer los criminales, es fácil que el delito contra la propiedad no se hubiera agravado con el otro contra la existencia.

Bien mirado este caso por lo que se refiere á la segunda parte del hecho, más que de asesinato puede conceptuarse como suicidio voluntario, porque casi el mismo peligro de muerte corre el que se va á tirar de cabeza por el Viaducto que el que, miserablemente vestido con trozos de barapas sucios y esteras viejas, anda por esos barrios extremos donde la pobreza, las necesidades, el hambre y la falta de moral tienen sus guardias, exhibiendo una cartera mugrienta atestada de flamante papel-monedá excitador de naturales codicias.

Si esto no es buscar la ocasión de morir robado y asesinado, no sé lo que pueda serlo.

Es lo mismo que ir por ahí gritando: «¡Oid, miserables hambrientos, desposeídos de todo bienestable material; aquí entre los guñapos que llevo sobre mi cuerpo, y allá en los muebles de mi tugurio, hay dinero, mucho dinero, lo que vosotros necesitáis con urgencia, lo que anheláis con afán y que á mí no me sirve para nada; puesto que no gozo las comodidades que puede proporcionarme; venid por ello; será de aquel que se atreve á penetrar con sagacidad en mi chiscón y á rebanarme el pescuezo.»

Y hubo quien se atrevió. Esto es todo.

La justicia humana, si logra atrapar al autor ó autores de este crimen, podrá ser con ellos todo lo inexorable que quiera, todo lo inexorable que le exija la defensa del orden social establecido en leyes y códigos escritos; pero también la razón y la lógica tienen sus fueros y sus derechos, no impresos en textos, para juzgar con arreglo á sus leyes los hechos todos.

Y de éstos se desprende que el Valentín Huertas encontró lo que andaba buscando.

Si los que le robaron y le dieron muerte no son criminales de oficio y si sólo gentes miserables, no resignadas con su miseria, á quienes extravió la idea de apoderarse y gozar de la fortuna que el viejo extravagante exhibía, completamente inútil en su poder, el muerto es el único culpable de su mal fin y el causante del mal que á esos extraviados sobrevenga al caer en manos de la justicia que les persigue.

Ya hace muchos años que lo dijo el clásico:

«El que teme morir á las garras de una fiera y la despierta hallándola dormida ¿de quién puede quejarse?»

¿Qué mayor fiera que la codicia natural y humana de esas gentes miserables y hambrientas que el viejo y harapiento Valentín Huertas iba por ahí despertando con su cartera repleta de sugestivos billetes?

José CINTORA

LOS GRANDES BURGUESES

Andan los anarquistas europeos en las tinieblas, aguzando sus puñales, cargando sus bombas y olfateando burgueses para ponerles en el vientre un kilo de dinamita.

¡Infelices burgueses! En Inglaterra cobran un 2 y 1/2 por 100 del consolidado, en Francia un 3 ó un 4; las más prósperas industrias en carbones, hierros, tejidos, dan un 5 por 100 al capital invertido. Los negocios que producen un 10 son maravillosos, usurarios, casi no existen.

Y, sin embargo, á lo mejor las bombas anarquistas vuelan una fábrica, espanzan á un banquero, matan una familia burguesa que después de cuarenta años de trabajo disfrutaba de una modesta renta que le permitía vivir con holgura.

¡Y á eso se llama burguesía!

Para ver burgueses, para ver gente adinerada que vive del trabajo de los demás, y los roba, los estruja y los estafa, es preciso venir á España.

Aquí están algunos centenares de millonarios, títulos de Castilla, que hace cincuenta años apenas se llamaban López y que ahora son duques de la Sierra Morena, marqueses de Ecija, condes del Puerto de Arrebata Capas, y que terminan su vida, que empezó en bohordillas, en palacios de mármol suntuosos.

Estos sí son burgueses, gordos, hermosos, guapos, relucientes. Sus manos no están encallecidas por el trabajo. Sólo se ocuparon en el manejo de los títulos de la Deuda y de las acciones de las grandes empresas. Jamás conocieron ni el sol de los campos, ni el humo de las fábricas, ni las infernales temperaturas de las minas.

Están frescos, sanos, ventrudos, jóvenes en plena vejez, haciendo admirables digestiones, ocupando elevados puestos en el gobierno, en la diplomacia, en las Cortes, casando entre sí sus hijos para fortificar las fortunas y hacerlas indestructibles.

No saben nada de ciencias, ni de arte, ni de política extranjera, pero ponedles donde haya un millón que agarrar, ¡y ya veréis qué águilas!

Llegaron á la vida pública sin un cuarto, y bien pronto, utilizando buenas relaciones, algunas veces de mujeres, se enriquecieron rápidamente en la Bolsa.

Fundación suya son todas las grandes empresas que no han enriquecido al país, pero que lo han estrujado sin piedad.

Aquí está el Banco de España que nada hace por el comercio, pero que, negociando con el Tesoro á costa de los contribuyentes, puede repartir un 25 por 100 á sus accionistas. Sus fundadores han quintuplicado su fortuna.

Aquí está la Tabacalera, que ha cuadruplicado el valor de su dinero, y cuyos escandalosos abusos han dado motivo á fuertes debates. Abrasando nuestros pulmones con venenosos tabacos que le cuestan una peseta y vende por seis, reparte más del 20 por 100 á sus felices accionistas.

Aquí está la famosísima ladrona de las cerillas, que se traga siete millones de pesetas anuales, robadas á los españoles.

Sigue cruzando los mares, subvencionada, estenuando el comercio marítimo de España, monopolizando los fletes, después de haber contribuido á la pérdida de las Colonias y de haber saqueado al Tesoro español, que le pagó dos ó tres veces su flote, la poderosa *Tragatlántica*, nido de jesuitas y enemiga declarada de España.

No ya pesando sobre los vicios nacionales, sino sobre el trabajo español, sobre las minas y los mineros, único porvenir de esta infortunada nación, se levanta próspera la Compañía monopolizadora de los explosivos, que encareciéndolos y empeorándolos, compromete y hace intolerable la vida del minero.

¡Y á qué nombrar otros grandes pulpos que devoran al país, Bancos, sociedades, ferrocarriles y demás empresas lucrativas que reparten pingües dividendos entre los capitales y una miseria equitativamente distribuida entre los obreros?

Todas ellas viven del privilegio, del agio, del monopolio. Tienen como cómplices y paniaguados á los ministros de la monarquía, abogados, representantes, consejeros de esas sociedades, que por un pedazo de pan se comprometen á facilitar con leyes favorables los progresos de las empresas y á echar un velo sobre sus chanchullos, robos y estafas.

Nunca, en ninguna Sociedad, ni en las ciudades mercantiles de la Edad Media, ni en los modernos sindicatos ingleses ó americanos, fautores de guerras, se organizó tan sabiamente como en España la explotación del pueblo por los poderosos.

Continuadores nuestros burgueses de las glorias del bandolerismo, han venido á sustituir con ventajas á los José María, á los Siete Niños y á Jaime el Barbudo.

Todavía nuestros abuelos nos cuentan las hazañas de aquellos famosos bandoleros de que estaba infestada España. No hay pueblo donde no se recuerden sus fechorías.

—«Y qué habíamos de hacer!—nos dicen.—El alcalde estaba de su parte, el juez y el escribano los amparaban, el cura y el médico, á condición de que no se metiesen con ellos en sus viajes por la comarca, hacían la vista gorda.»

—Pero ¡y los diputados!—Cuando los había entonces, debían en gran parte la elección á los bandidos de su distrito. Grandes personajes, títulos y hasta magistrados partían con ellos el fruto de sus rapiñas.»

Sustituyendo á los bandoleros y sus protectores de entonces con los accionistas y empresarios de monopolios actuales, el cuadro es el mismo. Goya, que pintó aquellas escenas, hubiera tenido poco que alterar en las de estos tiempos. Con cambiar por el frac *decoré* las casacas bordadas, le hubiera bastado en muchos casos.

Con que ya ven los anarquistas que la burguesía española da quince y raya á la burguesía de otros países, que vive sobresaltada y temerosa, en tanto que nuestros burgueses, por tener todas las ventajas, tienen hasta la de que no perturba su sueño el estampido horripilante de las bombas explosivas.

EL PAÍS

¡INGRATOS!

Pullas al progreso y horrores contra Pilatos y Judas, indispensables actores sin los cuales las profecías no se habrían cumplido, ni la tragedia del calvario realizado, ni el cielo estaría abierto ahora para todos, hasta para los despreciables bribones que se arrepienten de sus fechorías momentos antes de morir; á esto suelen reducirse los sermones que en este tiempo santo se perpetran por esos púlpitos.

Olvidánselos los que pronuncian, que sin aquellos simpáticos caballeros, sin Judas vendiendo á Cristo, sin Pilatos sentenciándole, y sin los sayones (se me olvidaba advertir que sobre los infelices sayones lanzan también terribles apostrofes) que lo abofetearon, lo escupieron, lo azotaron etc., etc., no sé cómo se hubieran arreglado los creyentes para andar estos días en jolgorios pidiados, ponerse la ropa nueva, atracarse de pescados y verduras á pretexto de que no pueden comer carne, y darse en desquite una buena de cabrito y gallina después.

No sé tampoco de qué manera se habrían arreglado sin ellos para deshollar su conciencia y ponerla en condiciones de servir de archivo á nuevas culpas (varias de ellas muy apetecibles y agradabilísimas), pues si Judas y Pilatos no hacen lo que hicieron, y la redención no se verifica, ¡adiós las gangas terrenas y divinas que nos ha traído!

A tener yo la dicha inmensa de creer en la revelación y todo lo subsiguiente, sospecho que acaso no pasara día sin dar las gracias á Pilatos y á Judas por haber contribuido tan principalmente á mi redención; y hasta me parece que dedicaría también un amable recuerdo á los sayones y demás comparsas de la sacra tragedia, ya que sin ellos hubiera continuado siervo del demonio y esclavo de la carne. Pero tal como soy, un pícaro descreído sin Dios ni ley, confieso humildemente que me tienen sin cuidado, lo mismo Judas y Pilatos, que los otros; y como, por otra parte, no vivo de eso y necesito trabajar mucho, de ahí mi indiferencia por lo que no me va ni me viene.

Conste, de todos modos, que á pesar de esta indiferencia criminal que quizá me lleve un día á ejercer de cochifrito vitalicio allá en los dominios de Satánás (muy señor mío y dueño), no dejo estos días de sentir cierta conmiseración por los infelices sayones y por Judas y Pilatos, y medito mucho sobre la ingratitud humana, que paga siempre de la misma manera á sus bienhechores. Y que todos esos señores lo fueron para los cristianos, es incuestionable. Claro es que, si ellos no lo hubieran hecho, lo habrían hecho otros, porque así estaba resuelto y profetizado, y habría resultado completamente igual; todo se reduciría á una cuestión de nombre.

Cesen, pues, en sus diatribas los cristianos contra esos indispensables agentes de la redención; y así como han he-

cho santo el que antes era patibulo afrentoso de la cruz por haber muerto Jesús en ella, creo que bien podrían concederles esa ganga, ó por lo menos dejarlos en paz al cabo de diecinueve siglos de denuestos y ultrajes, con tanta más razón, cuanto que acaso ellos no se enteren, por no llegar al infierno, donde hemos convenido que habitan, los ecos de las injurias que se les lanzan desde la tierra, redimida con su modesta, pero indispensable cooperación.

José NAKENS

CUMPLEN SU MISIÓN

Desde que las hermanas de San Vicente pisaron el hospicio de Jerez, se quitó á los asilados la obediencia que se les daba cuando asistían á un entierro, y que consistía en la mitad de lo que por dicho concepto se cobraba; esto es, 25 céntimos á cada uno cuando se cobraban 50, ó 50 cuando se cobraba una peseta; cantidad que destinaban los ancianos á tabaco, á comprar una golosina para sus nietecillos, el que los tiene, ó para sí el que carece de familia.

¿Lícieron bien las hermanas. Todo el dinero que se acuña debe pasar por buenos ó por malos medios á las arcas de la Compañía de Jesús. ¿Para qué, si no, están ellas en Inclusas, asilos, hospitales y hospicios?

Su verdadera misión es esa: reunir dinero para los jesuitas, por todos los medios: la caridad es simplemente el pretexto.

Jesu-Cristo y la Iglesia

«Por sus obras los conoceréis», decía Jesu-Cristo á sus apóstoles, refiriéndose á los escribas y fariseos. «Por sus obras los conoceréis», diremos nosotros á la sociedad moderna, refiriéndonos á los sacerdotes de la religión católica, apostólica, romana.

Que hable el Evangelio y que hable la historia: Jesu-Cristo dijo: «Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.» Y los sacerdotes de su Iglesia han organizado misiones militares para defender la fe, han encendido guerras civiles y han hecho correr ríos de sangre.

Jesu-Cristo dijo: «No matarás.» Y los sacerdotes de la religión católica han quemado vivas de cerca de 33.000 personas en las hogueras del Santo Oficio, instituido por ellos.

Jesu-Cristo dijo: «Amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os maldicen.» Y los sacerdotes de Roma lanzan á diario excomuniones terroríficas é infamantes, preñadas de maldiciones, sobre los que ellos llaman herejes, porque no transigen con sus falsedades.

Jesu-Cristo dijo: «No juzguéis para que no seáis juzgados. Al que quiere ponerte á pleito y tomarte la ropa, déjale también la capa.» Y los sacerdotes romanos, en España, condenaron á tormentos horribles, amén de arrojarlos á presidio, previa confiscación de bienes, á más de 300.000 personas, durante el reinado de la Santa Inquisición.

Jesu-Cristo dijo: «No os hagáis tesoros en la tierra. Más fácil es pesar un camello por el ojo de una aguja, que el rico entrar en el reino de los cielos.» Y los sacerdotes de nuestra Iglesia tenían de rentas 1.500 millones anuales al principio de este siglo; y los obispos de hoy tienen 6 ó 8.000 duros de sueldo y habitan palacios y arrastran coches y huellan alfombras; y el Papa, que se dice representante de Cristo, habita en un palacio que tiene más de 11.000 habitaciones.

Jesu-Cristo era hijo de un carpintero, trabajó en el taller, pidió limosna, anduvo descalzo, vestía una túnica, no tenía un palmo de tierra, ni siquiera una piedra suya donde reclinar su cabeza; no engalanaba sus dedos con anillos episcopales que valen miles de duros; no adornaba sus zapatos con hebillas de plata, porque andaba descalzo; no lucía báculos de oro, porque empuñaba un sencillo junco; no calzaba mitras de inapreciable valor, porque era pobre; no subía al coche, como los obispos, ni habitaba en grandes palacios, porque convivía con los humildes, se reunía con los desheredados de la fortuna, y entre éstos predicaba, dando el ejemplo, sus inmortales doctrinas, falsadas y escarnecidas hoy por los mismos que ostentan con cinismo el dictado de ministros suyos.

Repitiremos una vez más las palabras del Maestro: «Por sus obras los conoceréis.»

Entre el Cristo que perdonó á sus verdugos, y los sacerdotes que, lejos de perdonar, han cometido crímenes sin cuento; entre el Cristo que despreció el lujo, y el sacerdote que se enriquece en su nombre; entre el Cristo que predicó la humildad, y el sacerdote que se alberga en los palacios de los reyes; entre el Cristo que estableció la igualdad entre los hombres, y el sacerdote que se hace servir por lacayos; entre el Cristo ese, y el sacerdote este, hay la misma similitud que entre Dios y Satanás.

KLODWIG

Conventos en España

ALICANTE

Convento de monjas Capuchinas (antiguo).
Idem de id. Elonisas (id.).
Idem de id. Oblatas (moderno, 1886).
Idem de id. llamadas Arrepentidas (idem).
Idem de id. Hermanitas de los Pobres (idem).
Idem de id. Santa Paz (antiguo).
Idem de frailes (moderno, 1898).

ALMERIA
Convento colegio calle de Calderón, Compañía de María.
Convento colegio de Las Puras.
Colegio Siervas de María.
Asilo de Hermanitas de los Pobres.
Convento de Las Claras.
Hospital, Hermanas de la Caridad.
Sociedad San Vicente de Paul.
Hermandad del Carmen.
Idem del Corazón de Jesús.
Idem de Los Dolores.
Edificios de que se han apoderado desde la restauración:
De San Juan, los Jesuitas.
De Santiago el Viejo, el obispo.
De Santo Domingo, los Dominicos.
Del Manicomio, los Hermanos de San Juan de Dios.

Del edificio de la Diputación provincial, las monjas Claras.
De San Antón, las mismas.
Existe además el colegio de Jesús, que asume casi toda la enseñanza de los jóvenes de la capital y provincia, y si algo queda va al pueblo de Cuevas, quince leguas de la capital, al colegio de Dominicos.

BURGOS

FRAILES

Carmelitas, convento de frailes.
Convento de la Merced, de Jesuitas.
Maristas franceses, colegio de niños.
Seminario conciliar de San Jerónimo.
Universidad pontificia de San José.
Cartujos de San Bruno.

MONJAS

Santa Clara, Franciscanas.
Santa Dorotea, Agustinas.
San Luis, Concepcionistas.
Calatravas, Bernardas.
Trinas de San Juan de Mata.
Madres de Dios, Agustinas.
Carmelitas de Santa Teresa.
Bernardas de San José, colegio de niñas internadas y externas.
Salesas Reales, de San Francisco de Sales.

Colegio de religiosas francesas.
Adoradoras de la Eucaristía.
Siervas de Jesús, para asistencia de enfermos.

Dominicas de la Concepción (enseñanza).
Hermanitas de los pobres desamparados.

Colegio de párvulos, por beatas de San Vicente de Paul.
Otro id. de Santa Juana Francisca, por id.

Otro id. de San Julián, por id.
Colegio de niñas de Saldaña, por id., internadas y externas.

Hospital de San Juan, por las beatas.
Hospital del Rey, Comendadoras.
Real Monasterio de las Huelgas, Bernardas.

Huerfanato por beatas de San Vicente de Paul.
Colegio de San Pedro Cardoña, Escolapios.

Idem de Bujedo, Paules.
Colegio de Arcos, Escolapios.
Colegio de la Via, Agustinos.
Colegio de Miranda del Sagrado Corazón de María, Pasionistas.

Idem de Redentoristas del Perpetuo Socorro.
Idem de jesuitas, en Oña.

Idem de mendicantes en Peñaranda, monjas.
Convento de Montes, Clarisas.
Colegios de Palacios de Benaber.

Convento del Moral.
Idem Clarisas en Lerma.
Idem Clarisas en Brivesca.
Idem de Villamayor.

Idem de Villadiego.

ESTADÍSTICAS

Un periódico italiano afecto al Papa, deplora que este año, en lo que llevamos de Cuaresma, se hayan expendido menos bulas que en el año anterior. Ese descenso en la venta de las sagradas dispensas, ha conmovido mi alma de creyente. Veo con estupor que el impuesto de Consumos da cada vez mayores rendimientos, al paso que las rentas de la cristiandad disminuyen.

El diario italiano se abstiene de formular consideraciones respecto de aquella mengua del metálico, mengua que tiene su equivalencia en una disminución de la piedad. Yo hubiera querido verle emprender una cruzada en favor de la fe religiosa, vituperando la tacañería de las almas cristianas que esquivan su bolsillo á las humildes demandas del Santo Padre. No es fácil presumir cuál hubiera sido el resultado de la piadosa cruzada, porque todos, los buenos y los malos, propendemos á defender

la vilana moneda,

según la afortunada expresión de Cherubini; pero hubiera estado muy en su lugar una filípica contra los que comen carne y pescado en viernes cuaresmal.

Ese atrevimiento, que es al propio tiempo una declaración de glotonería, sobre todo en España, se paga muy caro en la otra vida. El último censo de población practicado en los infiernos, acusa un aumento considerable de penados, que purgarán en el fuego eterno el nefando crimen de engullirse unos salmo-

netes después del bisté en viernes de Cuaresma. Los sensuales, que repugnan la mortificación de la carne, no comprenden el inefable placer de observar los preceptos de la Iglesia. Se resisten á creer que el destino eterno del alma cambie por que ingiramos un besugo y una costilla de carnero en día determinado, sin tener en cuenta que Dios encuentra placer en imponernos privaciones menudas en compensación de la dicha perdurable.

Sobre las protervas cabezas de aquellos sensuales que, descatando los designios del Señor, merman el dinero del Santo Padre, lloverá el fuego anunciado por los profetas. Y entonces, cuando la Divina Providencia no les acorra, comprenderán que la privación de la carne ó del pescado en viernes cuaresmal hubiera sido un salvoconducto para entrar en la eterna bienaventuranza.

LORENA

¡Menudo varapalo el que dió á la que él llama prensa libre, un predicador en Elda! Y fuerza es reconocer que todo lo que dijo es tan verdad como esto:

Que los directores de esa prensa habitan suntuosos palacios.
Que viajan en elegantes departamentos de primera.

Que derrochan millones y cometen toda clase de excesos á costa de los incautos suscriptores.

Y acabó prohibiendo la lectura de El Motín, periódico el más impio de losos, asegurando que cuantos lo leyeren irán irremisiblemente al infierno.

Después de confesar con rubor y pena que no perteneczo (y lo siento mucho) á la categoría de los directores de la prensa libre que pinta (y que no existen) le diré á ese buen clero que los lectores de El Motín se hallan tan encariñados con la idea de ir al infierno, que lo único que sienten es que no exista.

Aun cuando si existiera, tampoco podrían entrar en él, entre otras razones, porque, aun cuando fuera tan grande como la mala intención de un cura, no tendría espacio bastante para albergar á todos las clericales que merecen puesto de preferencia por hipócritas, embusteros, viciosos, y embaucadores.

EL GUANO SAGRADO

Esta frase no se le ha ocurrido ni á Nakens.

¡El guano sagrado! Eso es algo monstruoso, horrible, espeluznante; parece una blasfemia, y, sin embargo, los jesuitas lo sirven como *denier cri* de la piedad, de la religión y del voto de pobreza.

Los animales ó vegetales que producen guano no podían dar á éste más que ciertos elementos químicos que daban fuerza á la tierra para producir frutos y flores.

El guano procedente de los jesuitas, según ellos mismos, tiene la virtud de conmovir á los ángeles del cielo, atraer la lluvia, disipar las nubes perniciosas, dar sabor especial á los frutos y lograr que el arroz nazca hasta guisado ó puesto con leche.

¡Quién que conserve un resto de fe no abona sus tierras con guano sagrado!

Además, el labrador ó el colono, cuando se entregaba á las faenas agrícolas, claro es que abandonaba, aun cuando no fuera más que momentáneamente, las prácticas religiosas.

Ahora, por medio del guano de Loyola, los labriegos estercolan los campos como quien muele incienso, riza sobrepellices ó viste imágenes sagradas.

Para bien ser, todo católico ferviente debería hacerse una señal en la frente con el sagrado guano, muy semejante por sus virtudes al agua bendita...

Es este del guano un negocio que, simultaneado con el de las placas, está produciendo maravillosos efectos en orden á la santificación de las almas y refuerzo de las arcas *loyolenses*.

¡Quién puede preciarse de poseer un guano de tan extraordinarias virtudes! ¡Inmundo excremento de mucielagos! ¡Sustancias en putrefacción! ¡Qué asco! ¡Qué cosa tan prosaica!

«Nosotros—dicen los jesuitas—nosotros tenemos y vendemos la verdadera *tia Javiera* del guano: el guano del Corazón de Jesús.»

Efectivamente, el depósito está santificado con una placa, no de las más lujosas, como presta por el mismo comerciante en ellas, pero placa, en fin, con todo su sabor á fervor *fin du siècle* y misticismo de moda.

¡Pobre San Agustín, que dijo que el Corazón de Jesús fué abierto en la cruz por el hierro de una lanza, para que entráramos en él como en una mansión de paz y de perdón!

¡Qué nos echábamos nosotros en el bolsillo con la paz y el perdón?
Aquí lo que deseamos es dinero contante y sonante, pues sin él no hay nada en el mundo, ni aun los jesuitas.

En vez de entrar nosotros en el Corazón de Jesús, es mejor que del Corazón de Jesús salga un arroyo de duros y billetes del Banco.

¡Cómo se logra esto?

Ya lo sabemos y lo saben en Gandía: por medio del guano sagrado, abono místico y putrefacción eclesiástico-religiosa.

Dicen los evangelistas que del Corazón de Jesús salió lo que era natural que saliera, sangre y agua.

¡Qué poca vista tenían los tales señores! Salió y sale de allí algo más práctico y instantáneo, aunque maloliente y antiestético: El Guano del Corazón de Jesús.

De él se ha hecho un magnífico depósito en una de las principales calles de Gandía, y dicen almas favorecidas por las revelaciones celestiales, que sientense en aquel local aleteos de ángeles, músicas adoradas, láides arrancadas y voces argentinas que cantan alabanzas celestiales.

Lo malo que hay en esto es que los cánones y leyes de la Iglesia prohíben terminantemente á los religiosos el que por sí mismos ó por medio de testaferro negocien, comercien y se mezclen en asuntos del todo temporales.

Y esto, bajo pena de *excomunión mayor lata sententia*, que quiere decir, para que lo entiendan los curas y devotos, que se incurre en la tal excomunión en el mismo momento en que se quebranta la ley, sin necesidad de que las autoridades eclesiásticas den especial sentencia ó hagan declaración de ningún género.

De modo que el religioso que negocia, que comercia, que compra y vende, en el momento en que lo hace es un excomulgado, está fuera de la Iglesia y no se puede tratar con él sin incurrir en pecado mortal.

Esto no soy yo quien lo dice, que entonces nada valdría: esto lo dice el libro tercero de las Decretales, título 50, que empieza: «Ne monachi secularibus negotiis se immisceant.» «Los religiosos no se mezclen en negocios seculares.»

Lo dice el Concilio Mogantino en el capítulo primero que empieza: «Multa sunt.» Lo dice Santo Tomás en la Cuestión 76, artículo cuarto, que empieza: «In negotiationibus.»

Lo dice San Crisóstomo en la homilía veintiseis.

Lo dice don Jaime el Conquistador, que en una pragmática expedida en Montpellier en 1226, prohibe que en sus dominios, ajustándose á las leyes eclesiásticas, los religiosos puedan *negociar ni poseer*.

Lo dicen las Constituciones de la Compañía, que prohíben hasta todo empleo ó negocio que TENGA VISOS DE GRANJERÍA.

Lo dice el P. Rivadeneira, que hablando de San Ignacio, dice que le oyó decir que los jesuitas *no hablan de ser adinerados*, ni dar ocasión á que las gentes los tuvieran por tales.

Ahora yo pregunto á los devotos de buena fe, á las personas honradas de todo el mundo y de Gandía en particular:

«¿Les cabe á ustedes duda de que los jesuitas compran y venden, comercian, atesoran y dan ocasión á que por ricos se les tenga? Sí ó no?»

La evidencia los obligará á todos á decir que sí.

Pues saquen la consecuencia, y vean si en conciencia, y creyendo en la otra vida y en las penas eternas, pueden acercarse á los jesuitas, tratarlos, favorecerlos y enaltecerlos.

Diga toda persona imparcial si merecen ni aún el saludo de los cristianos los religiosos inventores de El Guano sagrado, el guano del Corazón de Jesús!

GIL BLAS DE SANTALLANA

Tienen los vecinos de Figueras un párroco que se pelea hasta con su sombra: en poco tiempo ha armado camorra con el ayuntamiento, la Junta de Sanidad, la del hospital y con varios feligreses.

Ahora mismo, porque el ayuntamiento, en uso de sus atribuciones, ha acordado que se celebre los jueves el mercado que venía celebrándose los miércoles, cuando el jueves era día festivo, se le ha antojado al párroco combatir la medida desde el púlpito, secundándole varios curas de los pueblos inmediatos.

Por meterse en todo esos señores, van á meterse hasta en nuestras mesillas de noche.

Después de todo, quizás no se encontrarán muy á disgusto allí.

LO DE VINARÓZ

Predicaba un jesuita recién llegado de Filipinas la novena del Nazareno, y, faltando descaradamente á la verdad, achacó la pérdida del archipiélago á los masones, haciendo los comentarios insultantes que son de rigor en estos casos, y anunciando que en otro sermón trataría de Rizal.

Suponiendo los liberales que escarnecería la memoria de aquel mártir, fueron algunos á la puerta de la iglesia para enterarse de si se extralimitaba el predicador, pero no ocurrió nada. Después...

Que relate los sucesos un testigo presencial.

«Pero el día 3 por la noche los neos descataron á unos cuantos individuos maleantes (dos de ellos licenciados de presidio) para que hicieran de chulos, de guapos, de rufianes á la puerta de la iglesia, y sin esa provocación no hubiese sucedido nada.

Colocados los liberales en esta situación, hubo gritos al salir el predicador de debajo los jesuitas; desvaneció uno de los guapos... el pincho, mas tuvo miedo, y él y sus compinches se fueron. Armose luego gran tumulto, se apedrearon las casas de los curas y estos huyeron con el jesuita á Tortosa, á contárselo al... obispo.

El pueblo pedía la detención y castigo de los esbirros, y, como no se hiciera, el tumulto continuaba. Acudió la guardia civil: para detener á los causantes del motín? No; para hacer que se retirasen los amotinados.

En resumen: un jesuita que carga la responsabilidad de la pérdida de Filipinas á los masones y escarnece la memoria de Rizal; un vicario, Lorenzo Cot, que provoca un conflicto y después va llorando al obispo cual Magdalena arrepentida, y un alcalde que no sirve para algaracil.

Estuvo el gobernador civil de la provincia, hubo concentración de tropas y hay proceso. Las beatas están desparovidas por la suspensión de la novena y estar dos días los curas sin decir misa y los sacristanes sin tocar las campanas.

Además del elemento liberal, muéstrase indignado el vecindario por la ruindad de los procedimientos empleados, llegando á

profanar la casa de Dios llevando chulos y matones, convirtiéndola en una casa de juego ó en una mancebía.

Con la *prudente* determinación del jesuita, que se ha marchado de Vinaroz, los ánimos se han calmado; pero es posible que la torpeza del alcalde, instrumento de los reaccionarios, dé lugar á un serio conflicto.

Es falso que la honrada gente de mar defendiese espontáneamente al jesuita. Le defendieron borrachos, matones y dos licencia dos de presidio.

Provocativos están los frailes y los jesuitas en toda España; pero como hubiera muchas poblaciones cual Vinaroz, pronto se les bajarían los humos.

Mi enhorabuena á los liberales que de tan brava manera responden á provocaciones insensatas, que están incubando veinte ó treinta años 35 en una hora, corregidos y aumentados.

La falta de costumbre

En Kempten (Baviera) un cura católico ha atentado al pudor de varios niños.

Y como en Alemania no están acostumbrados todavía á estos incidentes de la educación clerical, las familias se han indignado, sacando á sus hijos de los colegios donde hay curas, y la autoridad ha abierto una amplia información para enterarse de los estragos que causa la inmoralidad de tan virtuosos señores.

Ya se irán, ya se irán haciendo los alemanes á esos trotes, como lo estamos en Francia, Italia y España, países eminentemente católicos.

So me había olvidado incluir á Portugal en el número de esos católicos países, y viene el periódico *O Norte* de Oporto á refrescar mi memoria con estos renglones:

«Continúa siendo objeto de las más severas censuras el clérigo asqueroso que en el confesionario osó ultrajar la dignidad de una joven honrada é hija de una de las personas más respetables de la población.

Castigado materialmente, sólo falta que todos los padres de familia dignos arrojen su estigma sobre la cabeza de vipers que, envuelta en satana negra y dentro del confesionario, espera el momento de lanzar su baba ponzoñosa sobre quien con mal empleada buena fe va á postarse á sus pies.»

Lean despacio esto los alemanes y váyanse resignando con la plaga que les ha caído.

La intención no salva

Enfermo de cuidado Domingo Subiela, vecino de Arteijo, quiso recibir el viático. ¡Qué cosa más natural en un buen católico!

Casi todos los vecinos del pueblo, con velas encendidas, acompañaron al párroco: ¡¡¡tan hermoso intervenir en negocios santos! Una vez en la casa, subieron al piso principal, donde se había improvisado un altarito para la sagrada ceremonia. ¡Qué conmovedoras son todas las de la fe!

Al comenzar el piadoso acto húndese el piso, y se encuentran en el bajo todos los concurrentes, incluso el enfermo, que quedó muerto, así como cuatro vecinos, resultando además 14 heridos, algunos de gravedad.

A la debil razón humana le es imposible penetrar los inescrutables designios de la Providencia, sin cuya voluntad no se mueve ni la hoja en el arbol. Por esta razón me abstengo de pensar en si la ocasión era que ni de perlas para un milagro. Lo único que puedo asegurar es que, si llega á verificarse, acaso la incredulidad de muchos desgraciados, yo entre ellos, hubiera recibido golpe rudo.

Lo que no he de ocultar, es la duda que atormenta mi espíritu desde que supe el hecho, y que voy á exponer humildemente.

Sin recibir los últimos sacramentos, no se entra en el cielo.

El enfermo ha muerto sin el de la comunión, aunque no por culpa suya, lo mismo que los cuatro acompañantes finiquitados.

¡Irán al infierno, ó al purgatorio por lo menos, á pesar de haber demostrado que eran católicos fervientes!

Y expuesta mi duda, sólo me resta aconsejar á los que acompañan al viático, que antes de empuñar la vela se enteren de las condiciones de resistencia del piso en que está el enfermo. Aunque, como el mejor de los dados es no juzgarlos, creo que deberían limitar sus aspiraciones á no asistir á los viáticos mas que en planta baja.

Por si acaso.

La táctica de esos

Los jesuitas aborrecen de muerte á la prensa. Toda su propaganda pública y secreta la emplean en acaparar dinero y destruir el periodismo. Sus dardos más envenenados los dirigen á los periódicos de gran circulación, especialmente los que nunca atacan al clero.

Y cuanto más esos periódicos ceden, astudados (esa es la palabra) de tan cruel enemigo, que trasciende hasta las familias y amigos de los periodistas, acosándolos con sus terrores y amenazas; cuanto más creen complacer á la *masa neutra* amoldándose á la hipocresía que nos consume, aunque para ello priven á sus lectores de juicios, referencias y actualidades indispensables con perjuicio evidente del prestigio y de los intereses, tanto más acerca la enemiga jesuita.

La consigna es hacer creer que esos colegas son tan irreligiosos y necios al catolicismo como El Motín, sin otra diferencia que el ser éste semanario franco y aquellos disimulados é hipócritas. Esto lo dicen día y noche en todo lugar, mientras con mucho arte han logrado por medio de las mujeres y otros agentes infundir en los periodistas de cartel la idea errónea de que, el

ocuparse de los curas y los frailes lo mismo que se hace con otra clase cualquiera, es cursi y progresista.

Ellos ¡parece mentira! han caído en la trampa, y el jesuitismo se lo agradece preparándose a darles el golpe de gracia, ahora que los ve débiles y sumisos. De este modo han conseguido que al presente no haya más que dos clases de prensa: la jesuitica declarada, que sólo tiene tres ó cuatro órganos, y toda la restante, que ellos dicen anticatólica. Ser católico, pero no integrista-jesuita, es para ellos como proclamar un impío y anticlerical. La prensa religiosa no jesuitica ha muerto, pues, en Madrid y casi en toda España, víctima de esa conspiración miserable del desecroto, cuyas intrigas repugnantes llenarían diez tomos; de igual modo se pretende ahora que muera todo el periodismo de primera fila.

Hoy todo el afán de la Campaña consiste en tener periódicos suyos de gran circulación, diarios por supuesto, uno por lo menos en cada capital de importancia. Porque si es mucho haber logrado que la gran prensa enmudezca tan vergonzosamente, no pueden esperar de ella otra cosa mientras la van matando, y esto no les satisface; aborrecen el periodismo, pero quieren prensa propia; ¿la tendrán? Sólo consta que en los esfuerzos hechos hasta aquí para lograrlo, es donde más han demostrado su impotencia.

Desde la restauración se propusieron los jesuitas tener periódicos suyos, y algunos tuvieron, aunque ninguno importante, a pesar de tantas intenciones y trabajos realizados; pero ello es que, como los peores periódicos han tenido y tienen; lo que no habían conseguido hasta hace muy poco, era reclutar escritores.

Compran grandes periodistas no han podido; los pequeños les servían de poco, y en honra de la prensa hay que decirlo, no se sabe de ninguno sobornado por ellos. Sin embargo, había que meter el cuento en el periodismo, fuese como fuese.

La actual degeneración les ha dado hecha la mitad de la tarea. Algunos jovencitos que lo querían escribir con soltura ó que, por instinto, pueden expresarse bien, pluma en mano; tal cual exalumno de los colegios jesuiticos y éste ó el otro Luis algo despaivado, todos ellos ambiciosos, inquietos, impacientes y sin pizca de escrupulo, un par de ellos, á lo más, verdaderamente instruidos, han sido los primeros reclutas de esa nueva policía.

Se habla de los conversos, de los ateos de pacotilla, comprados por un plato de judías estancadas; no hay tal. Nos no les sirven para semejante oficio; aunque alguno haya perdonado, los conoce ya en la prensa lo bastante para fiarse de ellos.

La táctica ha sido otra; hela aquí. Al joven, porque todos lo son, que ha de empezar su carrera, se le hace que entre en un periódico republicano, cuanto más radical mejor. Debe también ir al Ateneo, introducirse en los círculos literarios, y, sobre todo, aparecer modernista, furioso, dislocado. El estetismo, el prerrefaelismo, las ideas anarquistas en arte y en todo, el pesimismo exótico y la desaprensión más gárrula é insultante, han de ser de las manifestaciones. Precisa afiliarse á las escuelas ó grupos más echados para adelante y no descuidar lo del periódico.

El juego no puede durar mucho, es claro. No tardan los periodistas de verdad en conocerse y en echar al niño á puntapiés; mas ya tiene patente de periodista; le reconocen, conoce él á todo el mundo, se ha enterado de mil intimidades periodísticas y de los partidos, sabe los defectos y las cualidades de los escritores, el nombre que oculta un pseudónimo, los recursos de una empresa y el lado flojo de un político ó de veinte.

Como haya escrito algún librito y esté relacionado con editores, ya puede colocar artículos en las revistas; su nombre suena, es del oficio, arma ruidosa polémica y entra con más ó menos trabajo y rastrear en una redacción de orden, centro izquierdo ó centro derecho, lo primero más fácilmente. Nueva tribuna, pintiparada cual no otra, para desde ella insultar á todo vichio viviente, aprovechando los secretillos ya conocidos; y si esto proporciona por lo menos escándalo y una cuestión personal, miel sobre hojuelas. Nada de respetos ni de consecuencia, ni de vergüenza. Hoy el adular á no prócer ó gran literato, mañana escarnecerlo, pasado pedirle un duro. ¡Estos chicos! y les dan el duro por miedo ó por lo que fuere, y los saludan y los dejan entrar en todas partes y al poco tiempo otra polémica insultante, otra notabilidad escarnecida, y así mientras pueden.

Si algún personaje cae en desgracia de la Campaña, estos desdichados son los más a propósito para confeccionar el libelo infamatorio y calumnioso que es de rigor; luego los mismos Padres le elogian y reparten profusamente. Ellos también, echándole de espíritus fuertes, desbaratan al clero en general ó á este ó el otro fraile, sacerdote, secular ó obispo si viene á pelo; mas nunca dirán cosa que en lo más mínimo desdore á los jesuitas ni nada que con ellos tenga que ver.

Para mayor propiedad en el papel se les concede patente de corso para tener muy mala conducta, embriagarse, frecuentar manebas y bastidores, giras y toda clase de excesos. ¿Quién ha de creer que tales calaverones llevan dentro un jesuita?

Y luego los que así escriben, ó se conducen, van diariamente á dar cuenta al Padre Sanz (confección del obispo) ó al Padre Garzón, de cuanto han sabido y á recibir órdenes con el miserable mendrugo que les arroja el taimado ignorante. Treinta duros al mes dados en dos ó tres partidas. También la boda en perspectiva, la colocación, siempre amable, y si vienen mal dadas, cuando ya no hay manera de ocultar el oficio y el policía está desacreditado, á los Luises con él, ó á otra parte donde pueda haber un desgraciado que los jesuitas miran con asco, y esperan verlo convertido en furioso enemigo. Por eso los dejan cometer faltas, por las que puedan tenerlos siempre bajo constante amenaza...

C. M.

Del enemigo el consejo

Y mientras esos señores que dicen que van á pactar la Unión republicana, pierden el tiempo en discutir detalles sin importancia, para que, si viene la República, sepan todos los españoles hasta el número de garbanzos que pueden echar legalmente en el puchero, un periódico ministerial, *La Época*, en un artículo titulado *Podando*, nos da el que debería haber sido desde hace tiempo nuestro único programa:

«En casi todos los jardines y paseos, dice, ofrezca la actualidad esta nota. Encaramados

en los troncos, los obreros cortan y talan con seguros golpes, preparando los árboles para recibir la oleada de savia de la nueva primavera. Bajo el hacha ó la tijera, las ramas enfermas y las ramas inútiles van cayendo lentamente, para que no roben salud y lozanía al árbol que la primavera ha de coronar con espléndido ramaje de esmeralda...

Tiene la poda carácter de operación quirúrgica; el hacha y la tijera hacen oficios de bisturí. Como el cirujano, el agricultor sacrifica las ramas enfermas en beneficio de las sanas, para evitar el contagio y conservar la vida en todo su esplendor. Sólo así podrá el tronco resistir la fatiga de los años, aprovechando la redentora savia que la tierra, fecundada por las lluvias, le envía; sólo así podrá evitarse la ruina que el ramaje excesivo producirá sin remedio.

Aplicadas á todos los órdenes de la vida y á todos los organismos, el hacha y las tijeras producirían considerables beneficios. La poda es un elemento de regeneración. Si se cortaran todas las ramas enfermas y todas las ramas inútiles que chupan la savia sin producir jamás, algo más medraría el tronco enfermo del organismo social, abrumado por una carga inmensamente mayor que la que puede soportar.

Aunque se escandalicen algunos de mis correligionarios, diré que para salvar á España no hay otro precedente que el recomendado por *La Época*.

Dicho sea también con perdón de esos señores comerciantes que se contentan con pedir economías.

Se cayó un obrero á un lagar en Bilbao, y se rompió las dos piernas.

Entre otras muchas personas acudió un cura, y para consolar á la familia del obrero, (cuatro hijos pequeños y su esposa) les dijo, que puesto que Dios lo había hecho, convendría así.

Esta teoría me da fuerzas para proseguir en mi moralizadora campaña de traer al camino de la virtud á los curas y frailes apartados de él. Cuando Dios lo permite, es que conviene así.

¡Qué cómodo es ser católico, para no preocuparse nada del mal del prójimo!

“LA CAMPAÑA,”

Ha reaparecido este periódico de Bonafoux.

Y diciendo de Bonafoux, basta para que todos entiendan que es un periódico valiente, bien escrito, sin pelos en la lengua, ni subvenciones, y sin más norte que éste: *La verdad sobre todo y caída el que carga.*

Cuando el acomodamiento, la mentira y el negocio son el único programa de tantos periódicos españoles, consuela el ver que aún hay escritores que luchan por sus ideas perjudicándose en sus intereses.

Bien venida sea, pues, *La Campaña*.

Refiere *El Noticiero* de Bilbao, que en el cuartel de San Francisco ha comenzado la explicación de la doctrina cristiana á los soldados de Garellano y la preparación para la confesión con motivo del cumplimiento pascual.

El disgusto que me proporciona esta noticia, queda compensado al pensar que en los momentos mismos en que los soldados estarían rezando, los cachorros de fraile estarían adiestrándose en el manejo de las armas.

Y váyase lo uno por lo otro.

La santa de Cangas

«Recuerdan nuestros lectores que así se llamó en la prensa durante mucho tiempo á doña Balbina Zabala, de Cangas? Por todas partes la gente sencilla, ignorante y crédula atribuyó á un milagro de la virgen la curación de la enfermedad que padecía, y, según cartas suyas, sigue padeciendo.

La *Lucha* habló también de la santa y de unos amores que le valieron algunos miles de duros. Tenemos á nuestra disposición infinidad de cartas suyas á su novio, que durante estos devaneos amorosos estuvo en Manila, y nos prometemos publicarle las íntegras para que vea todo el mundo cómo son estas personas santas, que aman á sus semejantes en el Corazón de Jesús, que ostentan al frente de sus cartas un escudo con el *Yo reinaré*, que tienen siempre á Dios en sus labios, y que fingiendo despreciar los bienes terrenales, tienen hipócritamente una red al prójimo para sacarle alrededor de 40.000 pesetas. Han mediado en este asunto hermanitas de los pobres de cierto asilo; pero todo saldrá á relucir.

Las cartas auténticas, de puño y letra para quien las quiera ver de la santa de Cangas, van á darnos luego lo menos dos meses, tantas y tan largas son.

No se asusten nuestros lectores; les aseguramos que no es lata, antes bien han de seguir con avidez lectura tan amena, tan amorosa y... tan edificante.

Desde que ha escrito esto *La Lucha* de Vigo, no vino ni sosiego, esperando que cumpla lo ofrecido.

Hágalo el estimado colega pronto, ad mayores dei gloriam.

El de ayer y el de hoy

Un periódico carca, hablando de los obispos y curas que están con la restauración:

«El clero genuinamente español y verdaderamente piadoso, que era la envidia del mundo cristiano y la admiración de los Concilios por su saber é intransigencia, fué reemplazado con otro dócil y acomodaticio, falto de energía para pelear las batallas del Señor, amigo de hacer antesala en los palacios de los Pilatos modernos, transigente con los errores y las personas liberales; en una palabra, manso borrego, dispuesto siempre á no balar aunque le metan la cuchilla, con tal de que no falten sabrosos pastos y prados verdes y floridos donde recrearse á sus anchas.»

No está mal, no está mal el retrato ese, para hecho por un periódico carlista.

¡Pero mire usted que el clero de ayer, aquel que quemaba á principios de siglo en las poblaciones ó asesinaba más tarde liberales en los campos!

Hay que venirle al mío.

Con el clero, nada. Porque, ó es intransigente y quema y degüella, ó es transigente, y carece de altivez y energía.

Y en ambos casos es la calamidad mayor que puede caer sobre un pueblo.

Un Concilio Nacional

Esto pide *El Clamor Zaragozano*, extasiándose ante la idea de que los sacerdotes volviesen á los tiempos primitivos de la Era Cristiana, dando á la Iglesia todos sus prestigios y esplendores por medio del ejercicio de la virtud, uniendo el ejemplo á la palabra. Y exclama:

«¡Qué hermoso sería ver hoy que el clero español renunciaba siquiera á la mitad de sus rentas en favor de los pobres, y devolvía al Estado las riquezas que atesora en sus iglesias, para que con su importe pagara todas sus deudas y no tuviera que esquilmar al que trabaja ni arruinar el tesoro público! ¡Qué cristiano, qué apostólico y qué santo, el ver á los obispos salir á pie y andar por calles y plazas consolando al triste, socorriendo al necesitado y predicando al aire libre el amor á los semejantes y el odio al vicio! Y si á estos señores les siguieran sus delegados ó curas, y fuesen casa por casa, visitando enfermos y enseñando al que no sabe, y recogiendo criaturas huérfanas y desvalidas para conducir las amorosas y paternalmente á los asilos benéficos para que en ellos sean cuidadas y educadas, sin intervención de beatas hipócritas y rezadoras, sino bajo el cuidado de madres de familia y personas laicas, pensionistas del Estado por cualquiera de los conceptos que pueden serlo; si además de esto se arreglara el arancel de los derechos de altar rebajando con prudencia el tanto de los servicios, y se prestaran gratis aquellos que son indispensables, cuánto no ganaría en suma de honor y gloria, de santidad y de influencia social la Iglesia de Cristo!

Pues bien; todo esto lo arreglaría un Concilio español, pero especial y liberal, se entiende; un Concilio que sin negar la obediencia á Roma en lo que se la deba, sepa imponerse á los abusos de Roma, y prestar su apoyo al gobierno de España para lograr la expulsión de la maldita secta de los discípulos de Loyola y la abolición de todas las comunidades que bajo el supuesto de religión gravan al pueblo y usurpan á la Iglesia sus derechos y sus utilidades.

Bajo este supuesto y el de quitar fuerzas á la reacción odiosa, dándolas al país para su regeneración y engrandecimiento, vean nuestros lectores si se impone la necesidad de ese congreso que podría llamarse Concilio nacional de los tiempos modernos para reformar la Iglesia, que buena falta le hace.»

Como broma puede pasar eso de que los clérigos sean humildes, caritativos, tolerantes y desinteresados. Pero lo que es decirlo en serio...

Sin que por esto deje yo de reconocer lo mucho que podría adelantarse con la celebración de ese Concilio.

Mas para esto, sería preciso que los curas fuesen lo que no son: ilustrados y altivos. Con un clero de tan bajo nivel intelectual como el español, pierde el tiempo el que se ocupe de arreglos y regeneraciones.

Con menos me contento yo, con moralizarlos, y no lo he conseguido en veinte años. ¡Para que nadie logre hacerle renunciar á los miserables bienes terrenales!

En Sevilla han conseguido las monjas y los frailes que se prohiba la mendicidad callejera, para que nadie pida sino ellos.

Aquí sí que podrían decir los pobres con mucha razón:

«¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio.

Militares místicos

Orden del día del general Gobernador militar de una plaza que no cita el periódico de donde la copio, pero que sospecho sea Santander:

«Cón objeto de que por la parroquia castrense

de esta plaza pueda formarse la matrícula para el próximo cumplimiento pascual, los señores jefes de los cuerpos, dependencias y destacamentos dependientes de mi autoridad remitirán directamente al señor castrense, que habita calle de... número... relación nominal de todos los señores jefes, oficiales, individuos de tropa y demás personas que compongan sus respectivas familias, con expresión de clases, nombres, apellidos, edad, naturaleza, calle, número y piso donde residan.—El general Gobernador militar»...

Se va poniendo en práctica con todo descaro, dice el colega, que el jefe efectivo del Gobierno es el Nuncio, el de distrito el arzobispo, el de provincia el obispo, y el de los ayuntamientos los párrocos, los priores y las priores de la comunidad ó comunidades municipales. Las autoridades militares y civiles resultan simples delegados de las eclesiásticas, con infracción manifiesta de sus respectivas ordenanzas. Y ¡ay del que no sea sumiso á las exigencias clericales! Oponerse á ellas equivale á la dimisión.

Las distancias se estrechan, y plaza sitúa, plaza tomada, si no recibe auxilio exterior. Las españolas son ya impotentes para rechazar el asedio, si no buscan la ayuda del extranjero. Pero ayuda pretendida con oportunidad, para evitar á tiempo que las grandes naciones, siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos, se reparten la Península y traten á los españoles como se trata á los vencidos.

Si la flamante Unión Republicana no despierta las fuerzas sanas del país, las fuerzas puramente nacionales, sin mezcla alguna del virus católico (y no confundamos el catolicismo con el cristianismo nacional), y sus buenos propósitos fracasan, la victoria del clericalismo será completa, y los españoles tratados como esclavos. Volverán á encenderse las hogueras de la Inquisición, y volverán las confiscaciones de bienes que tanto enriquecieron á la Iglesia, y volverán los diezmos y primicias, y España se convertirá de hecho en un inmenso convento.»

Las mujeres hombres

Las verduleras se han sublevado una vez más en Madrid, contra la explotación de que son víctimas por parte de los acaparadores.

Para formarse una idea de cómo las explotan esos bigardos, bastará poner un ejemplo: compran la docena de lechugas á dos reales, y se la revenden á las verduleras ¡á seis! Si á esto no se le puede llamar robo legal, ¡vive Dios! que no sé de qué manera pueda llamársele.

Lo hermoso de este motín, es que se inició al grito de «¡Fuera los hombres! ¡No los necesitamos! ¡Que defiendan ellos el tabaco! ¡Cobardes! ¡Cochinos!»

Y para poner en armonía las obras con las palabras, corrieron á la fabrica de tabacos á pedir auxilio á las cigarreiras, aun cuando no lo alcanzaron por haberse interpuesto la policía.

¡Qué bien conocen las verduleras á los hombres de esta generación! ¡Ni amotinarse quieren ya con ellos!

Hace tiempo vengo diciendo que en España no van quedando más hombres que las mujeres.

A cada cual lo suyo

Bueno es de cuando en cuando recordar la historia. La historia contiene grandes enseñanzas que con frecuencia se olvidan.

Los detractores de la guerra no se limitan á condenarla, sino que extienden su odio á los que se consagran al ejercicio de las armas. Fácil sería demostrar que en el mundo ha producido más estragos el pensamiento que la espada; es decir, que la causa de muchos horrores hay que atribuirlos á la predicación de la enseñanza, antes que á la ejecución de la doctrina. El guerrero ha sido no más que un instrumento. En la mayor parte de los casos, el pensador, el filósofo, es el verdadero responsable.

En prueba de ello ahí está la guerra sagrada.

En toda la antigüedad hubo otra guerra más sangrienta. El pueblo de Dios no tuvo siquiera la piedad del paganismo. Este, aun cuando extraño á la idea de la humanidad, conocía la misericordia de la esclavitud, porque era realmente misericordioso el hecho de esclavizar al vencido en vez de degollarlo. No hay que olvidar el criterio de época. Moisés no tuvo esa piedad del pagano. El gran legislador lanzó un terrible anatema con respecto á la Tierra prometida. Aquello fué más que una guerra á muerte, porque no debía quedar nada de la raza maldita. El Exodo y el Deuteronomio dan fe de ello: todo, hasta los animales fué consagrado á la destrucción.

¡Por qué mandó Dios la destrucción de las poblaciones idólatras? Para impedir que éstas enseñaran á cometer á los israelitas las abominaciones que ejecutaban frente á sus dioses y no pecaran contra el Eterno. Realmente esto no tiene interpretación humana.

El anatema se ejecutó al pie de la letra, sobre todo en un principio. En el libro de los *Números* se lee que en la guerra con los madianitas, los israelitas se habían contentado con dar muerte á los varones, y habían hecho prisioneros á las mujeres y á los niños. Moisés se encolerizó contra los jefes y les dijo: «¡Habéis dejado vivir á las mujeres! Pues ellas son las que han dado ocasión de pecar contra el Eterno á los hijos de Israel. Dad muerte entre los pequeños á los varones y á toda mujer que haya cohabitado con hombre.» El exterminio continuó.

Queda uno aterrado de espanto, dice un gran historiador, al leer la Biblia. Y tiene razón para decirlo. Basta con algunos pasajes. Como por ejemplo: «¡José no bajó la mano que había levantado en alto con el estandarte, hasta que, después del *Anatema*, quedaron aniquilados por completo los habitantes.»

«¡Habiendo cogido al Rey de Berck, le cortaron los pulgares de las manos y de los pies.»

«Escucha las palabras del Eterno—dice Samuel á Saúl.—Yo he recordado en mi memoria lo que hizo Amalec á Israel, atravesándose en su camino cuando él subía del Egipto: ve ahora y hiere á Amalec. Destruir, conforme al decreto, todo cuanto él tiene, y no le perdonéis; dad muerte así á los hombres como á las mujeres, á los grandes como á los pequeños, lo mismo á los bueyes que á los corderos y á los camellos como á los asnos.»

Esta terrible orden es más cruel que el primitivo anatema. Cuatro siglos hacía que los hebreos habían salido de Egipto; ¡qué justicia era aquella que castigaba á los descendientes v hasta á los niños de pecho por crímenes que hubieran cometido sus antepasados?

Se dice que era justo el castigo, porque los amalecitas, continuando sus hostilidades contra los hebreos, habían perpetrado el primer crimen y asociado á él, y que era permitido á Dios agravar el castigo de los padres con la alicción de sus hijos. Ningún militar sería hoy capaz de sostener esta teoría. Los teólogos aún la defienden, sin embargo. Y el mismo Saúl demostró entonces más compasión que los órganos de la voluntad divina, puesto que perdonó al rey de los vencidos. La piedad de Saúl fué un crimen.

No hay teólogo, incluso Bossuet, que no apruebe la terrible venganza que tomó David de los amonitas. Calmet dice que es Dios quien ha ordenado ó permitido aquellas acciones crueles.

El botín de los soldados no llegó nunca al extremo de la rapacidad de los legisladores. La toga ha entrado á saco, sin los riesgos de la lucha ni las disculpas del ardimiento y de la cólera.

Dñeos del universo—dice Montesquieu—los romanos se adjudicaban todos los tesoros; ladrones menos injustos como conquistadores que en su calidad de legisladores, habiendo sabido que Tolomeo, rey de Chipre, tenía riquezas inmensas, hicieron una ley á propuesta de un tribuno, por la cual se adjudicaron la herencia de un hombre vivo y la confiscación de un príncipe alado.

Per más que un historiador latino pretenda que las costumbres corrompidas de Tolomeo merecieran bien ese trato injurioso, ¿no ha expresado claramente Floro que eso de las costumbres no fué más que un pretexto y que lo que deseaba el pueblo-rey eran sus tesoros?

Cuán fácil el encargado de cumplir la ley que desposeyó á Tolomeo. El austero romano trajo de Chipre un cargamento de millones. No exageró al decir al rey de Chipre, según refiere Plutarco, que aunque el Egipto entero se convirtiese en oro, no haría la avaricia de los romanos.

El guerrero se apoderaba de lo ajeno por cuenta y en provecho del tesoro. Clodio, al proponer su ley vergonzosa, no miró el enriquecimiento de los soldados, sino el bienestar de la república. Si entró Sila á saco en el Asia, si la volvió á saquear Mitridates y concluyó de desbaratarla Lúculo, fué como procedimiento crematístico, con arreglo á las instituciones de Hacienda pública á la sazón imperantes.

Triunfos como los de Paulo Emilio y de Flaminio, en los cuales las riquezas de los países vencidos, el oro y la plata robados precedían al triunfo; victorias como la de Asilo sobre Antiocho y los Etolios, llevadas por delante el caudillo 3.000 libras de peso de plata no acuñada, 113.000 retradacmas áticas, 248.000 cistóforos y un gran número de vasos de plata cincelados de un peso considerable; Escipión el Asiático ostentando en triunfo sus 234 coronas de oro, sus 137.420 libras de plata, sus 221.020 retradacmas áticas, sus 331.000 cistóforos, sus 140.000 filipos de oro; aquel saqueo del mundo realizado por Roma con los Fulvio Nobilior, los Fulvio Flaco, los Graco, los P. Cornelio y los Cario..., todo eso es verdad que lo ejecutó el guerrero con su brazo y lo alcanzó á costa de su sangre; pero lo aprovechó el fisco y lo regularon las leyes.

«Es un error decir,—escribe Laurent,—que al perfeccionar los medios de destrucción, que al multiplicar el genio del hombre los medios de guerra, y al emplear en ellas grandes masas de soldados, se han multiplicado hasta el infinito sus males; no; lejos de aumentar los horrores de la guerra, la civilización los disminuye. Y si otra prueba de ello nos faltara, nos la daría el horrible espectáculo de la guerra de los Treinta Años.»

El siglo xvi fué cruel precisamente, porque heredó de la Edad Media su política conquistadora. La guerra de los Treinta Años fué más devastadora que la misma invasión de los bárbaros.

Los pensadores que se han dedicado á investigar el origen de tan grandes males, lo encuentran en los hechos siguientes:

1.º En el siglo xvi los ejércitos no recibían sueldo regular. El que se les pagaba no era bastante para cubrir sus primeras necesidades; de consiguiente, era forzoso el merodeo, y en tiempo de guerra la necesidad equivale al derecho.—(Palabras del canciller Ovenskiern a la Dieta de Neillbronn en 1638.)

2.º En que ese derecho, hijo de la necesidad, se ejercitaba por la hz de los pueblos, y en una época en que los jueces inventaban suplicios para los acusados. «¿Cuál no debía ser, como dice el insigne autor de la *Historia de la humanidad*, la crueldad de los rudos guerreros que también ejercían una especie de justicia?»

3.º En el carácter religioso de la guerra.

Basta lo dicho para que se comprenda cómo los filósofos, los políticos y los teólogos tienen la principal responsabilidad en los hechos crueles, porque son los que forman las ideas de cada época y los que las traducen en doctrina y en leyes.

FEDERICO DE MADARIAGA

Explotación con máscara

Ya sabe, ya sabe lo que se dice el piadoso autor de un artículo encaminado á demostrar que las Congregaciones monásticas explotan ferozmente á los desgraciados. He aquí algo de lo que escribe:

«Las órdenes monásticas no entienden de sociología; para ellas el asilado, el preso, el enfermo, el discípulo ó la infeliz mujer extraviada, son carne explotable, ganado productivo, seres abyectos que deben ser tratados duramente.

Para corregir el vicio no tienen más que un medio: hacer pasar repentinamente á la mujer recién salida de él, á una austeridad abrumadora é intransigente y... á un trabajo ímprobo y odioso que esquilma y mata el cuerpo, anulando y envileciendo la parte intelectual.

No pidan otra cosa á las Adoratrices,

Oblatas, Trinitarias y demás gentuza monacal enaragada, al parecer, de redimir ángeles caídos, y en realidad, de una repugnante trata de blancas sumidas en todas las esclavitudes más abyectas.»

¿Falta algún toque al cuadro? Pues allá va:

«Es esto ya tan sabido, que son pocas las muchachas que se deciden á abandonar la vida airada, porque, no habiendo aquí más instituciones redentoras que las monásticas, todo lo prefieren las pobres chicas á vivir en esclavitud tan terrible y con tan malos tratos.

Las que salen de esas modernas inquisiciones dicen cosas horribles que, siendo siempre las mismas, no pueden tacharse de calumniosas invenciones.

En esas casas se trabaja como negros, se come muy mal, se viste peor, se sufren desprecios porque siempre se está echando en cara á la pobre arrepentida su delito, además de explotarla vilmente; y, sobre todo esto, hay que sufrir golpes, ensueños, crueldades inauditas, reclusión perpétua y... el vicio, lo sabemos, no está del todo ausente de esas casas de santidad.»

He hablado tantas veces de esto, que ya apenas me queda qué decir. Limito-me, pues, á felicitar al escritor que tan valientemente expone sus ideas.

De tan punible manera ha ido el contratista del Penal de Burgos rebajando la mano de obra, que los presos no han podido resistir la explotación, y han abandonado el trabajo, hallándose con este motivo parados más de 600 reclusos.

No tengo antecedentes de ese contratista explotador. Pero ¿qué apostamos á que oye misa y confiesa y comulga?

Una heroína en la miseria

El pueblo de Silang (Filipinas) fué teatro de uno de los actos más heroicos realizados en nuestras últimas campañas, que, como otros varios, permanece ignorado, sin que sus autores supervivientes hayan recibido el premio que la Patria debe á los héroes que dan la vida en su defensa, ó como consecuencia de ella quedan inútiles para ganarse el sustento con el sudor de su frente.

Toda la guarnición de dicho pueblo se componía de *trece* guardias civiles á las órdenes del heroico primer teniente del benemérito Instituto, don José Briceno Ansoategui.

El día 1.º de Septiembre de 1896 fué atacado por grandes masas de tagalos que le pedían la rendición y con ella las armas confiadas á su honor. Ni á una cosa ni á otra accedió el teniente Briceno: su contestación, digna de un militar pundonoroso, fué decir á los revolucionarios que ambas cosas las obtendrían pasando por encima de su cadáver. Y así las alcanzaron.

Después de cuatro días de un constante y mortífero fuego, y de una defensa sin ejemplar, porque aquel pueblo no contaba con ninguna clase de defensas militares, el bravo y pundonoroso militar caía acibillado á balazos en los amantes brazos de su adorada esposa, que con un revólver en la mano hacía fuego sobre los enemigos de la Patria, al propio tiempo que recibía el cuerpo inanimado del compañero de su vida.

Dos balazos y un horrible machetazo del que ha quedado completamente inútil para el trabajo, recibió en aquellos mismos momentos la digna esposa del heroico defensor de Silang, y junto á él cayó, envuelta en los mismos girones de la amada enseña de la Patria, por la que gustosos sacrificaron todo cuanto tenían, cuanto exigirles pudiera, la juventud, el amor, el porvenir, la vida, en una palabra, con todos sus atractivos y placeres.

Murió el heroico oficial en su puesto de honor, y como si la Providencia quisiera reservar á la infortunada viuda mártir mil, curó de sus heridas, y prisionera de aquellos bárbaros, pasó por un calvario tal de horribles calamidades, que sólo su relato enternece el alma é inspira la más profunda compasión.

Salvada milagrosamente, llegó por fin á la madre Patria, con la fundada esperanza de que en ella encontraría consuelo para su desgracia y amparo para su desvalidez. ¡Vana esperanza!

Muérese de hambre en el oscuro rincón de una bohardilla, sin que una mano poderosa coloque en su agujereado pecho una cruz, como premio á su heroísmo, ni le lleve un pedazo de pan para saciar su apetito ó una manta para cubrir su cuerpo aterido por la fiebre y por el frío.

Doña Vicenta González Orán, viuda del bravo é infortunado teniente Briceno, es más acreedora á una pensión que las viudas de los heroicos Vara de Rey, Las Morenas y Puga, á una pensión que asegure su vida de la espantosa miseria.

Inutilizada en el servicio de la Patria, no puede ganar con su trabajo lo indispensable para su sustento, ya que la miseria viudedad que le corresponde no alcanza para las atenciones más necesarias de la vida.

Desvalida, desamparada y sin influencia no encuentra apoyo en ninguna parte, ni caridad en ninguna puerta.

Si mártires de la Patria fueron Vara de Rey, Las Morenas y Puga, muertas en el cumplimiento del deber, mártir de la Patria fué Briceno, muerto igualmente en su puesto de honor.

Si á las viudas de aquéllos, sólo por ser viudas de héroes se les ha concedido una pensión especial, á la viuda de Briceno,

que á más de ser viuda de un héroe como aquéllos, es una heroína inutilizada en defensa de las armas confiadas á su marido, también se le debe dar la misma pensión.

La equidad y la justicia así lo exigen, ya que la desdichada viuda no cuenta con apoyo alguno; parta la iniciativa del Gobierno y será una buena obra la que haga, que contribuirá á descargarle de sus muchas culpas.

EL CAPITÁN VERDADES

La pena de muerte

Se aplicará en adelante á la sordina, medida muy expuesta en un país como España.

Pues pudiera darse el caso, siguiendo como van las cosas, que la reacción clerical se aprovechara de esto, si triunfara del todo algún día, para escabecer á los que le estorbasen.

¡Es tan fácil comprar en nombre de Dios á ocho ó diez canallas que certifiquen bajo su firma haber visto agarrar á fulano de tal, siendo otro el realmente agarrado!

EL PADRE MENNI

Señor director de EL MOTIN:

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida: He visto con disgusto, y lo siento, el que tanto á usted como á los demás directores de los periódicos liberales, se les haya irrogado el perjuicio de distraer dos horas de sus trabajos para responder al señor juez de instrucción del distrito de la Universidad, sobre injurias inferidas al Padre Menni por violación, infanticidio, abortos y amputación en los órganos genitales de mi hija Francisca Fernández Samillán.

Para satisfacción del señor juez referido, del Padre don Benito Menni y de los directores de los periódicos que tan obligado me tienen con su ayuda, declaro:

1.º Que yo soy la responsable de cuanto hasta la fecha se ha dicho en la prensa liberal, y por consiguiente la que debí ser llamada á responder á esos cargos hace tiempo.

2.º Yo, como madre, soy la que acuso, (entiéndase bien) de la violación de mi hija Francisca, al Padre Menni; le acuso de haberla infectado de un mal asqueroso; le acuso de haber ordenado al médico don Rodrigo le cortara el cuello de la matriz, y acuso á Sor Angela de encubridora y de haberse llevado el aborto de mi hija en una jofaina; y como madre pido apoyo á toda la prensa liberal, para si estas acusaciones las consideran justas en apoyo á esta pobre viuda, hasta conseguir el esclarecimiento de los hechos que denuncio, pero que desgraciadamente no quieren ver todos los encargados de administrar justicia.

¿Y cómo hacer justicia en un hombre como el Padre Menni, que lleva gastados 22.000 duros? ¿Recuerda don Benito cuando mandó don Ricardo Varea, distinguido y honradísimo letrado, con una carta á su pasante acompañado de otra persona, y después de leer su carta manifestó al pasante que estaba dispuesto á terminar el asunto, pero que no pidiera mucho, que llevaba gastados entre unos y otros (que no declaró) unos 22.000 duros?

¿Recuerda el Padre Menni el día de San Antonio de este año pasado, cuando al bajar á la portería de la calle de Santa Isabel, núm. 12, á despedir á unos legos, se les acercó la madre de Francisca con el que la acompañaba por orden de sus hijos, y le hizo manifestaciones concretas acerca del crimen cometido por usted, en la persona de su hija, á las que le contestó subiéndose las escaleras muy de prisa: «Que cuanto anduviera sería inútil, pues la justicia de España la tengo yo aquí» (señalando el bolsillo)?

Basta por hoy. Cuando el P. Menni quiera que le pruebe cuanto dejó expuesto, cite á donde tenga por conveniente al testigo autorizado por mis hijos y por mí, don Juan Pérez Castro, en compañía de esta pobre madre, que, si no es hoy será mañana, ha de conseguir la justicia que pide, aunque sea á costa de sacrificios incalculables.

Doy las gracias á usted, señor director de EL MOTIN y á los señores directores de los demás periódicos liberales y les suplico me dispensen las molestias que les causo con ésta mi desgracia su s. s. q. b. s. m.

JULIANA SEMILLÁN

AGUSTÍN COSTA

Ha sido una gran desgracia para el partido la muerte de este republicano, joven, de gran inteligencia, de convicción arraigada, de voluntad firme, hombre que, con solo hablarle una vez, se ganaba todas las simpatías.

Iba á dedicarle unos renglones, cuando leo el artículo que le dedican en *El Pueblo* de Valencia; y como estoy absolutamente conforme con todo lo que en él se dice, hago míos todos sus conceptos, y me limito á darle este pésame á la familia del malogrado Costa:

«¡Llorenlo ustedes mucho, porque valía mucho. Los que lo conocíamos, nos asociamos de verdad á su duelo.»

JOSÉ NAKENS

«Aun nos parece que estamos hablando con él, que estamos resistiendo á sus vivísimas instancias para que á cada paso, todos los días, por su gusto, hiciéramos discursos de propaganda republicana en Cullera.

Con su aspecto de aristócrata, su corrección intachable y hasta su hablar tranquilo, sosegado, Costa era uno de los enemigos irreconciliables que tenían la reacción y el clericalismo.

Su talento, su instrucción, su fortuna cuantiosa, su casa, su amistad, todo lo tenía puesto á disposición de los que de una u otra manera defendían la causa de la civilización, de la libertad y de la república.

Parece mentira que Costa se haya muer-

to, y, sin embargo, hay que rendirse ante la realidad brutal.

Costa se ha ido para no volver.

En Cullera no estarán ya los brazos de Costa siempre abiertos para abrazar á los que allí íbamos á propagar las ideas redentoras de la democracia.

La muerte, cuando elige sus víctimas, parece que se siente atraída por la juventud, por la inteligencia, por el corazón honrado y generoso: por eso se ha cebado en Costa.

No hay que advertir siquiera que en la casa de Costa no han entrado para nada los comerciantes de la muerte, los que hacen del cielo granjería y de la desgracia más horrible motivo de ganancia y alegría.

Costa tiene como sufragios las lágrimas de tantos y tantos como á su alrededor vivían de su bondad; el afecto de todos sus amigos que con llanto en el alma hemos recibido la noticia de su muerte, y las buenas obras que había practicado y seguramente que le forman una aureola en el lecho mortuario.

El ha cumplido como bueno y ha muerto en la brecha, en la pelea, sin desmayar un punto. Cumplamos nosotros también y seámos su ejemplo un incentivo para seguir peleando sin tregua ni cuartel contra la monarquía y el clericalismo.

Las energías, el espíritu de Costa hemos hoy de repartírnoslos entre todos sus amigos; y si la bandada de cuervos que inunda todos los pueblos de España siente regocijo creyendo que tiene un enemigo menos, no tardará mucho en convencerse de que en el ejército de la libertad no hay bajas posibles, porque el entusiasmo y las energías viven en uno y en todos y acaso se aumentan en la contrariedad.

Los republicanos de Cullera están de luto, pero precisamente ahora, ante el cadáver de Costa, han de jurarse á sí mismos unirse más que nunca, acrecer en sus ataques á la reacción, crecer en entusiasmo y en valor.

Costa ha muerto: las ideas de República y progreso no mueren; están hoy más vivas que nunca.

Costa ha muerto. Pues ahora tienen más eficacia que nunca sus gestiones para que en Cullera se oiga la voz de los que combaten el clericalismo.

Allá iremos todos á honrar la memoria del amigo querido, disparando bala rasa contra lo que él aborrecía y defendiendo lo que él tanto amaba.

Costa ha muerto. Pero quedan en el mundo y en Valencia muchos amigos suyos, animados del mismo espíritu, y nunca faltarán en Cullera el mitin republicano, la manifestación anticlerical, la propaganda de la libertad.

Los que digan que comprenden el problema de la muerte, mienten con toda su boca; no; de la muerte no sabemos más sino que es el adiós; es la baja en un ejército, es la desaparición de uno de los hermanos con quienes atravesamos este valle de penas y de luchas.

Si la idea de la muerte se relacionara con la idea de Dios, como quieren los curas, los seres inteligentes habrían de aborrecer á Dios.

No, no lo imaginemos ahogando con sus manos omnipotentes á los mismos que él ha creado no lo veamos acechando como en Costa; el momento de la felicidad, de la fortuna, de la juventud y de las ilusiones para destruirlo todo de un soplo.

No, la muerte es un misterio, es un desequilibrio; es una forma substancial que se pierde; es un lazo invisible que se rompe; es, de todas maneras, algo cruel, horrible, odioso é inexorable.

Casi, casi deberíamos afirmar que es una invención del clero, pues á él sólo aprovecha, de ella vive y ante su aspecto canta y se regocija.

Hoy será el entierro de Costa. Allí irán sus amigos á recordar sus virtudes y el sepulcrero á cumplir con su cometido: pero nadie irá á cobrar; para nadie ese entierro serán garbanzos ni billetes de banco, porque será civil, es decir, desinteresado, gratuito, civilizado, embellecido por la amistad, el cariño y la inteligencia.

Los cadáveres humanos atraen los cuervos con sotana; el cadáver de Costa ha tenido el privilegio de ahuyentarlos, y nosotros mismos vimos ayer la bandada odiosa que desertaba de Cullera y se venía á Valencia. ¡Como que no había allí unas pesetillas que ganar!

¡Dichosos los que, como Agustín Costa, son llorados y llorados de verdad por sus conciudadanos, sus amigos, sus pobres, sus correligionarios!

¡Dichosos los que al morir atraen amigos que van con lágrimas en los ojos y pena en el corazón, y repelen aves de rapiña que habían de acercarse con el corazón alegre, la cara embrutecida y el bolsillo abierto de par en par!

GIL BLAS DE SANTALLANA

MISCELÁNEA DEMAGÓGICA

Ha muerto aquel infame Pedro Ramirez (á) el *Pinche*, que mató por la espalda al bravo teniente Cebrían, y que fué premiado por los restauradores con una cantidad, el indulto total inmediato y la licencia absoluta.

Y ha muerto en Abelda (Lugo) de una puñalada que recibió en riña.

Lo siento mucho, porque me ha quitado la esperanza de verle un día con el corbatín al cuello y el verdugo al lado.

¿Quién es aquel que va maniatado entre guardias á la Cárcel Modelo? ¿El director de una gran empresa? ¿El que ha robado los

cuatro millones del colegio de San Calixto en Plasencia? ¿Alguno de sus cómplices ó encubridores? No, sino un feroz criminal que, sólo porque su mujer y sus tres hijos llevaban cuarenta y ocho horas sin probar bocado, se lanzó á cometer el atroz delito de apoderarse de... ¡cinco naranjas!

Me alegro de esto que la prensa ha dicho, para que se vea que, á despecho de las vociferaciones de los demagogos, en España es un hecho la igualdad ante la ley y que la justicia se aplica por igual á todos los delincuentes...

Pobres. El obispo de Lérida ha pedido en el Senado que los cementerios civiles se instalen á «convenientes» distancia de los católicos.

Me alegraría que se accediese á su petición, para que los enterrados en los cementerios civiles no tuviesen por vecinos á tanta canalla, tanto ladón y tanto hipócrita.

«Ha fallecido en París mademoiselle Carré, dejando su fortuna (ochocientos de francos) para crear colonias obreras y pensiones vitalicias á los obreros inutilizados en el trabajo.

Y el general francés Crevat Durand, que ha muerto hace un mes, ha dejado 650.000 francos, para que se repartan así: trescientos mil, al Hospital de niños tuberculosos; cien mil, á la Sociedad obrera de socorros mutuos; cien mil, al Instituto Pasteur, y cien mil, á una banda de música.»

Como casi todas esas fortunas tienen origen honrado, se dedican á honrarlos fines.

Y como casi todas las de aquí se basan en el robo afortunado, van á parar lógicamente á manos de los que ofrecen á los ladrones la entrada en el cielo á cambio de los bienes robados en la tierra.

Dice *La España Cristiana*, que don Cándido Soldevila, uno de los más famosos seccios de nuestra época, se ha reconciliado con la Iglesia de Jesucristo, abjurando los errores de la masonería.

¡Famoso sectario! Es la primera vez que oigo el nombre de ese mamarracho.

¡Vaya una gente la que recogen los jesuitas!

El día que quieran adquirir oro de ley en el campo de la impiedad, que me compren á mí.

¡Pero á esos Soldevilas desconocidos?

Basura y sólo basura.

Fué una niña á confesarse en Oviedo con un cura llamado Ramón (á) el *Chato*. ¿Y qué no le diría, que se retiró avergonzada y cayó enferma al día siguiente?

¡Pues ella misma se lo está diciendo!

Un obrero, Miguel Pena, se vió sorprendido en Zaidín por una procesión; no pudo ó no quiso descubrirse, á pesar de habérselo ordenado el cura; lo procesaron, y ha sido condenado á tres años y seis meses de prisión y 250 pesetas de multa.

Constitución, ley, justicia...

¡Palabras, palabras y palabras!

Propongo que se borren del diccionario mientras no eliminemos la de *Clericalismo*.

Durante el año 1899 se han recogido en Bilbao, en los cepillos colocados para cazar monedas en nombre de San Antonio, más de doce mil duros.

Mientras en el Código penal no figure un artículo calificando de estafa eso del *Pan de San Antonio*, hay que aguardar á que triunfe la revolución para acabar con ello.

En Trebujena va á establecerse una nueva parada de ocho frailes.

Manutención, vestido, casa, y además dinero, y además...

Todo esto, y más todavía, le darán á los frailes los de Trebujena.

¡Infelices!

Por los cuatro costados.

Invitación que ha llegado á la redacción de un periódico de Zaragoza:

«Las RR. MM. Escolapias tienen el honor de invitar á usted á las funciones lírico-dramáticas que tendrán lugar el día 15 á las cuatro y media de la tarde en el salón de actos del Colegio.»

(Vale para dos personas.)

Nota.—No se permite la entrada á niños ni jóvenes.

Será para que no se perviertan.

Vamos, menos mal. Aún hay clericales que tienen conciencia.

A ratos.

Entró un casto ministro del Señor en casa de una joven guapa en Oviedo.

Ella, comprendiendo lo que deseaba, pues lo conocía bien, dijo que se había equivocado.

Insistió él, comenzó á gritar ella, y sólo entonces se decidió á salir de estampía.

Que me place.

Mientras más atreviéndose sean los curas, más trabajan por EL MOTIN.

Una Hermana de la caridad que prestaba servicio en la Casa de Misericordia de Mahón, escapóse con un joven músico, marchando ambos al vecino pueblo de San Luis, donde permaneció ella al amparo de una honrada familia.

La aplaudo por esa determinación decente, que le impedirá imitar á las que proveen criminalmente las Inclusas.

La impresión del *Diario de Sesiones* del Congreso en la legislatura que acaba de terminar, ha costado 40.000 duros.

Las leyes que figuran en él costarán al

país muchas lágrimas y mucha sangre, por que entre ellas figura la de los presupuestos, los que ha de acabar de arruinarlo.

¡Bien por los valientes!

Enfermó un señor de Salamanca que creía en la vida eterna, y llamó al párroco de San Juan de Sahagún para que le confesara y le diese la comunión, operaciones que se realizaron como la Iglesia ordena.

Empeoró á las pocas horas, y como el hombre quería ir bien pretrechado, avisó al consabido para que le administrase la extremaunción, pero el buen párroco, que se encontraba hecho un prócer entre sus sábanas calentitas, encargó de la facia al coadjutor.

Puso éste el último Visto Bueno al pasaporte del que iba á emprender el camino de la gloria, y se retiró á su casa, no sé si bendiciendo ó maldiciendo, á causa del *barrojo* tan frío que soplaban.

Cuando se abre el testamento del presunto bienaventurado, encuéntranse con que había legado *trescientos* de á cinco pesetas al último cura que le asistiera. ¡Y aquí del careadoo desprecio á los bienes terrenales!

El párroco dice que son para él, porque el coadjutor, si se expuso á coger una pulmonía, fué por delegación suya.

El coadjutor se agarró á la letra del testamento, y sostiene que son para él.

Y en éstas y las otras, se encuentran en la sacristía y se recrudecen lo del precatado desprecio. Palabras gordas, insultos no flacos, acariamiento de seraficas getas, canchales por los aires, y, si hemos de creer á las malas lenguas, un párroco perfectamente magullado.

¡Ay, cuánto hubiera estado allí!

Pero dejémoslos de digresiones.

Enterado el obispo, echó un capote, y parece que la cosa quedó resuelta partiendo entre los dos desinteresados ministros del Señor los 300 del pico, sin discutir cuál de ellos había estado mejor en la piadosa brega.

¡Oh dinero! Tú, en aquellos casos en que no intervienen faldas femeninas, eres el encargado de turbar la buena armonía que debiera existir entre los que se alaban de amar la pobreza!

Dice un periódico carlista:

«¡No ven ustedes con qué calor y entusiasmo defienden los periódicos de la secta al exjesuita *Gil Blas de Santallana*?

Dejemos que el tiempo corra y que el cura renegado se arrepienta—que se arrepienta, —y entonces veremos qué cosas más peregrinas dicen del expadre Sarmiento todos los que hoy tanto le adulan.

El tiempo será testigo.»

Naturalmente.

Si cantara Sarmiento la palinodia, que lo dudo, porque es hombre de gran inteligencia, todos, yo el primero, le escupiríamos á la cara.

Por que aquí juzgamos á los hombres por sus actos.

Hace días murió una acogida en el Asilo de Villalonga (Figueras).

Poco antes de espirar llamó á una amiga suya, y le entregó 40 duros en oro y 20 en plata, que debía guardar para sí en el caso de morir ella.

Murió, y la amiga, que había guardado el donativo en un baul, fué á buscarlo y encontró con que había desaparecido, sin que notase fractura ni violencia en la cerradura.

Recurrió á la Superiora primero, y al cura después, contestándole éste que la difunta le había legado aquel dinero al confesarse con él.

Esto podrá ser verdad ó no, en esto no me meto.

Pero como esto nada tiene que ver con que le robasen á la joven el dinero del baul, me alegraré que los tribunales, que ya entienden en el asunto, hagan entender á ese cura que nadie tiene derecho á apoderarse de lo ageno poniendo por pantalla á las ánimas benditas, respetables señoras siempre en cueros, á pesar del mucho dinero que se extrae en su nombre á los creyentes.

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores á EL MOTIN

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo.
LOS REYES CON MOTIN, por «EL MOTIN». Con láminas.
LA INFAMIA DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, discurso del obispo Sirosmayer.
JUANA LA PAPIA, por Julio Fernández Mateo.
LA MUJER Y LA IGLESIA, por Id.
MONTA SECRETA, ó INSTRUCCIONES RESERVADAS DE LOS JESUITAS. LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por el presbítero.
¿QUÉ ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discursos pronunciados por un obrero en el círculo «La paz» de Iteja.
CARTAS DE TAYLLERANO al obispo de Clermont y al abate Mabius.
CARTA DE TAYLLERANO al Papa Pío VII.
POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por «EL MOTIN».
LA MENDICIA Y LA IGLESIA, por Laurent.
MÁXIMAS INMORALES DE LOS JESUITAS, sacadas de sus obras.
MÁXIMAS PORNOGRÁFICAS DE LOS JESUITAS, idem, idem.
CARTA A EUGENIA, por Frère.
O CATORCISMO Ó DEMOCRACIA, por F. Laurent.
LAS SESENTA Y SIETE CÉLEBRES PREGUNTAS DE ZAPATA. DIRIGIDAS A UNA JUNTA DE DOCTORES, por las cuales fué quemado en el cadalso en 1931.
CON LA JUSTICIA Y LA INQUISICIÓN... CHITÓN, por don Nicolás Díaz Pérez.
LA CARIDAD Y LA IGLESIA, por Ch. Potvin («Dom Jacobus»).
LA ESCLAVITUD Y LA IGLESIA, por Idem.
LOS MEJORES SONETOS PIADOSOS, por «EL MOTIN».
CULPAS Y AMAS, por Idem.
GRACIAS DE CURAS, por Idem.

Si dejase de ir EL MOTIN á alguna población de las que ahora se envía, pueden los que deseen leerlo suscribirse directamente en esta administración, pues no será por culpa nuestra.

MADRID.—IMPRENTA, PALMA, 55. Duplicado